

## **El aula como espacio de construcción colectiva**

¿Qué pasaría si se entendiera el aula no solo como un lugar para aprender, sino como un espacio para vivir y convivir?

Esta pregunta abre la puerta a una mirada más profunda y significativa sobre el sentido del aula en la educación contemporánea. Tradicionalmente, se ha concebido como un lugar físico donde se enseña, se escucha y se obedece. Un lugar donde el docente guía desde el frente y el estudiante permanece en silencio, esperando instrucciones. Sin embargo, desde las pedagogías críticas, activas y transformadoras, el aula se concibe como un espacio vivo, en constante construcción, donde el conocimiento se genera de forma colaborativa, y donde lo emocional, lo social y lo ético ocupan un lugar tan importante como lo cognitivo.

En este marco, García, Herrero y Dumett (2022), afirman que el aula deja de ser un simple salón de clases para convertirse en un territorio común, donde se aprende a vivir con otros, a escucharlos, a dialogar, a construir acuerdos, a cuidar y ser cuidado. En la educación infantil, esta visión es aún más relevante, pues es en las primeras experiencias escolares donde los niños y las niñas aprenden no solo letras o colores, sino también formas de estar en el mundo.

Pensar el aula como una construcción colectiva es comprender que nadie aprende solo. Se aprende con otros, a partir de las diferencias, del intercambio de ideas, de los acuerdos, del juego compartido y del conflicto resuelto con respeto. Esta concepción rompe con la lógica del estudiante pasivo y da paso a la participación activa, al trabajo en equipo, a la escucha mutua y al diálogo constante.

Esto se concreta en acciones como:

- Crear acuerdos de aula contruirdos entre todos, que regulen la convivencia desde el respeto y la corresponsabilidad.
- Promover proyectos colectivos, donde se compartan roles, decisiones y logros.
- Usar el aula como un espacio flexible, con zonas que inviten al encuentro, a la cooperación y al movimiento.
- Fomentar círculos de palabra, asambleas y juegos colectivos para fortalecer el sentido de comunidad.

Cuando se vive el aula como un proyecto común, se fortalece no solo el aprendizaje académico, sino la empatía, la solidaridad y el sentido de pertenencia.

En este tipo de aula, el rol del docente cambia profundamente. Ya no se espera que solo transmita conocimientos o controle el grupo. Su labor es más compleja y hermosa: facilitar el encuentro, tejer vínculos, abrir espacios para la palabra, guiar sin imponer, acompañar sin invadir.

El docente es quien observa con atención, escucha con sensibilidad, media con criterio y crea las condiciones para que cada niño o niña se sienta parte activa del grupo. Esta construcción no ocurre por azar, sino que requiere planificación intencionada, actitud reflexiva y apertura emocional.

En un aula de educación infantil, esto se refleja en prácticas como:

- Adaptar los ambientes a las necesidades del grupo (rincones, estaciones, zonas de descanso o diálogo).
- Incorporar estrategias de resolución pacífica de conflictos, cuidando la palabra y el gesto.
- Dar valor a las emociones como parte del proceso de aprendizaje y de convivencia.
- Visibilizar los aportes de cada niño o niña como fundamentales para el grupo.

Una construcción colectiva no es posible sin reconocer la diversidad que habita el aula. Cada estudiante trae consigo una historia, una cultura, una forma de ser y de aprender. Acoger esta diversidad no solo implica adaptarse, sino también celebrarla, porque es en la diferencia donde se enriquece el proceso educativo.

El aula se vuelve un espacio democrático cuando:

- Se legitima la voz de todos los estudiantes.
- Se construyen normas en conjunto.
- Se respetan los diferentes modos de participar y expresarse.
- Se reconoce que el aprendizaje se construye entre todos: docentes, estudiantes y familias.

Además, esta visión propone romper el aislamiento del aula, conectándola con la vida, con la comunidad, con la familia y con el entorno. Así, el aula no es una burbuja, sino un espejo del mundo.

En la primera infancia, el aula no solo es el lugar donde se enseñan letras y números. Es un espacio emocional, sensorial y relacional. Es donde se aprende a compartir, a expresar, a escuchar, a esperar el turno, a abrazar sin miedo, a frustrarse y volver a intentarlo. Todo lo que ocurre en el aula deja huella. Por eso, pensarla como un espacio de construcción colectiva es también una apuesta ética por una escuela más humana y cuidadora.

### **Reflexionemos**

- ¿Qué tipo de relaciones se están promoviendo en el aula?
- ¿Se está construyendo el aprendizaje de manera colectiva o aún predomina la enseñanza individual?
- ¿Cómo se puede rediseñar el aula (física y simbólicamente) para que sea un espacio de participación, cuidado y construcción común?

La transformación educativa implica un cambio profundo en la manera de concebir la enseñanza, el aprendizaje y la evaluación, trascendiendo modelos rígidos y unidireccionales para abrir paso a enfoques más flexibles, inclusivos y centrados en el estudiante. Esta transformación reconoce la necesidad de adaptar la educación a los contextos actuales, valorando la diversidad, fomentando la participación activa y promoviendo vínculos afectivos y significativos dentro del aula. En este camino hacia una educación más humana y contextualizada, emergen alternativas que responden a nuevas realidades y demandas familiares, como la educación en casa o

*homeschool*, una modalidad que ha cobrado fuerza y plantea interrogantes sobre el rol de la familia, la libertad de aprendizaje y la construcción de experiencias educativas personalizadas.